
NOTAS



**SI LEYERAS AQUI
NO ENCONTRARÍAS
NADA**

Marcial Mateos

Al pasar por los estantes, o por las mesas donde se amontonan las revistas que se venden habitualmente en las librerías —como esos champús que sólo se venden en farmacias— has reparado en un librito rojizo y áspero. Te has acercado y has podido ver su

membrete. Espectacular y sonoro: Le - via - TAN. La rotundidad del nombre y su logotipo, una ballena, o algo así, te han sorprendido. De lo poco que podías comprar, con el escaso dinero que llevabas, te has decidido por la novedad, por lo que te ha impactado sin saber ciertamente por qué.

Ahora deberías abrirla y empezar a leer de camino a tu casa. Pero no. Prefieres examinar la portada y vuelves, instintivamente, al nombre: LeviaTAN. Es el nombre lo que definitivamente te ha gustado. Pero, ¿por qué le ponen una ballena, y más una ballena que parece una serpiente con dos grifos? Continúas sin abrir la revista y sigues dándole vueltas al nombre, intentando encontrar el simbolismo implícito que toda revista tiene o adquiere con el logotipo y su titular.

Gracias a tu afición por los crucigramas has recordado: «Nombre bíblico de la ballena»: LeviaTAN.

¿Qué relación guardará la Biblia con esta revista? Tu incertidumbre va en aumento. Te has dirigido a la biblioteca. Después de muchos requisitos has conseguido pasar. Un individuo, con pocas ganas, te ha entregado un panfletillo para que rellenes el título y el número de la obra que quieres consultar. Has buscado en el fichero y has encontrado: BIBLIA, LA; T. 176.

En la sala de lectura has estado esperando un buen rato, ya dudabas de que tuvieran el ejemplar, incluso has llegado a pensar que podía haberse olvidado de ti, pero tampoco te atrevías a reclamar al tipo aquel que te atendió; y estando así, te han traído el ejemplar.

Has buscado donde pensabas que podías encontrar alguna referencia a los animales, así, en general. Has ojeado el GENESIS. Nada. DEUTERONOMIO. Nada. SALMOS. Tampoco. Has seguido ojeando, hasta que, por fin, has llegado a un pasaje en el que el dios explica a Job cómo el LeviaTAN (que entonces era una ballena con pinta de cocodrilo) es el más poderoso de los animales, sin parangón posible con ningún otro. Ahora, al cabo de tus investigaciones, te preguntas: ¿Qué tendrá que ver una revista con un monstruo? ¿Será una monstruosidad de revista? ¿Será una revista que trata de monstruosidades?

Sales de la sala de lectura y de nuevo te diriges al fichero. Buscas en la letra «L» intentando descubrir alguna obra que trate de los leviathanes. Estás dispuesto hasta a aprender sus costumbres, por si alguna enlaza o pudiese enlazar, asociativamente, con la revista o con sus fines.

¡Por fin! Lo has encontrado, una ficha algo borrosa que dice: Leviathan. ¿Cómo se te ha escapado? ¡Ah!, no, han sido los nervios. Ya la tienes. Leviathan - Thomas Hobbes (1588-1679) R-174¹.

Has rellenado otro impreso y con más desgana y demora te lo han llevado al pupitre. Ardías de impaciencia, has leído a borbotones, hasta que, con premura, te han invitado a abandonar la sala. Bueno, ¡ya está!

Este tal Hobbes, convencido que el pensamiento era una operación simbólica, simbólicamente representa al Estado como el LeviaTAN, el animal poderosísimo, omnívoro y sin parecido con ningún otro. El Estado como forma de or-

ganización humana, el Leviatán capaz de terminar devorando a los individuos.

Ahora te sientes satisfecho. Probablemente tu juego analógico no coincide con la realidad y ésta no sea una revista que trate de análisis social, teoría política y todo aquello que pueda comportar variabilidad en las formas de organización y relación en el Estado, como la cultura, los «poderes fácticos», la economía, las instituciones, la religión, etc. De cualquier forma sientes la satisfacción de haber cerrado un círculo.

Ya estás en óptima situación para comenzar a leer. Tienes la revista entre las manos, o depositada en el regazo o, incluso, la hojeas distraidamente en el retrete esperando un título grandilocuente —como crees que corresponde a este tipo de revistas— («Metodología del cómo», «Aproximación a la nada», «El lesbianismo: mito y cuestión nacional», «Ogino y Eutanasia», «Buganvillas, Rododendros y otras plantas como el Espino Blanco o Rosa, desde Proust a nuestros días», etc.) que te convoque a una lectura arbitraria. Te has fijado precisamente en éste: «Si leyeras aquí no encontrarías nada».

Has empezado a leer con desgana y has ido viendo que se trataba de una crítica *especializada* a un libro de Italo Calvino que no has leído. Efectivamente, NADA. Te has enfadado. No soportas ese estilo de críticas que piensas concebidas más para mostrarse los autores que para demostrar y alentar el conocimiento y el aprendizaje. Estás colérico. Has llegado, incluso, a pensar que este tipo de colaboraciones en una revista pueden convertirla en un es-

pejo de vanidades, en espiral cerrada propensa al rito y a la iniciación, tanto en el lenguaje como en los contenidos. Has seguido leyendo, pero ya sólo por culminar tu indignación sabiendo como podía terminar aquello. Terminando han querido rematar el artículo hablando de la Cultura. Sí, de la Cultura, a lo bestia. ¡Ahora ya habla de ella todo el mundo, hasta la Soledad Becerril! Por un momento llegaste a pensar que podía arreglarse aquello. Pero no.

No sólo no has encontrado la crítica literaria que esperabas, esa capaz de hacer del producto en cuestión un bien apetecible o repudiable, partiendo de supuestos aprehensibles para la mayoría —en la que te sientes inmerso— sino que, además, te has encontrado con unos análisis culturales peregrinos, llenos de conceptos importados, vagos o asignificativos en la realidad española.

Ahora estás muy enfadado. Crees que este tipo de críticos es lo más parecido a los «subalternos» de las corridas de rejones. Los tales subalternos, que no matadores, suelen ser diestros frustrados en su carrera. Bien por falta de temple, de casta o de condiciones, pero ante los toros «arreglados» de cuerna para este tipo de corridas, aprovechan cualquier cambio de caballos para cebarse en cadenas de pases y florituras pedantes y jactanciosas, hasta que marean al respetable. Terminan por los aires.

Hasta aquí me has ido siguiendo, pero empiezas justo aquí a preocuparte. El tema no roza, tan siquiera, la jocundia que podía inspirar el título. Mejor sería cambiar probando con otro reclamo. Tal vez seas de los que prefie-

ren un título mucho más roto, casi surrealista, brillante, cáustico. O al menos algo no tan aristotélicamente gacetero como lo anterior. Algo como...

Locas y elefantes.

Desde la agonía física de la dictadura venimos observando como un término tan vacío de contenido y con un significado tan poco esclarecido va tomando cuerpo y garantía de autenticidad, llegando a ser tan patológicamente presente que, cuanto menos, merece una mínima reflexión. Nos referimos, naturalmente, a la manida *Animación Cultural*. ¿Qué es? ¿De dónde viene? ¿Qué pretende?

En un país como el nuestro, con un especial regusto por lo incierto, lo diletante, por el saber a medias, por un poco de todo y sumido en el eterno aprendizaje (que en el fondo es lo que propicia nuestra capacidad de sorpresa y el encanto que nos es propio), es donde mejor se asienta la complicidad y el corporativismo, como resultado de esta especial personalidad nuestra, nada accidental sino fruto de una larga sedimentación. Una complicidad basada en el miedo a denunciar la estulticia ajena por miedo a que sea delatada o manifestada la nuestra. Un corporativismo secular y deontologizante, que supedita siempre su salud a la honra. Todo está prendido con alfileres, con una fragilidad, en su conjunto, como de tienda de porcelanas.

Suele suceder que todo aquel que disiente en un colectivo, con argumentos o simplemente con la duda, es carne de cañón para la burla, la farsa, la calumnia y la marginación. Convirtiéndose,

desde ese instante, en «La loca de la casa» o en el «Elefante en una cacharrería», perdiendo así, desde el momento de su cosificación, toda posibilidad de eficacia e implantación; permitiéndosele, en todo caso y con la benignidad del grupo, presidir el elenco de lo anecdótico como representante de la diferenciación que legitima la homogeneidad del colectivo.

Es por ello que los políticos aventajados miden constantemente su capacidad de escándalo, graduando así su incidencia y credibilidad, frente a los políticos avezados más entusiasmados por una escandalosa notoriedad.

El caso es que sin entender de política nos parece que quisieran convertirla en una actividad desideologizada, es decir, en un fenómeno meramente instrumental. Bueno, pero al menos parece que se podía tener una mínima coherencia y una mínima inteligencia para saber elegir los instrumentos en función de los objetivos o, al menos, que no exista una clara contraposición entre los fines y los medios arbitrados; y lo decimos porque, sin entender, pareciera que ahora toda la *movilización* pasa por los salones de suntuosos hoteles, por el florero, los canapés, un video y algún discurso egregio de algún que otro santurrón. Pero, generalmente, toda generalización es falsa y por eso diríamos aquello que dijo un aficionado a la lidia: «No hay toreros buenos o malos; sólo hay toros y toreros, y luego pega-pases de salón».

Empiezas a creer que me he perdido definitivamente. En un principio, donde supuestamente narraba lo que podía sucederte al iniciar la lectura, tú pensabas que contaba lo

que me sucedía a mí o podía haberme sucedido, pero que te utilizaba para hacer discurrir la acción utilizando el subterfugio de un personaje anónimo que leía. Sin embargo, ahora, has notado cómo el que habla utiliza un NOS mucho más participativo, sin duda para inmiscuirse y a la vez protegerse de unos enunciados hartos subjetivos, valiéndose de esta argucia para intentar llevarte a la confianza en la universalización de unos juicios bastante peregrinos.

Pero, con todo esto no me he parado a pensar que tú, posiblemente, formas parte de un grupo mucho más selecto, capaz de intuir por el encabezamiento todo el recorrido ulterior y, por tanto, necesites imágenes mucho más concretas, capaces de poner en funcionamiento toda una cadena genealógica. Tal vez lo apropiado sería un título algo más selectivo, más intelectual, con algo freudiano, con una dualidad irresoluble, más... Bueno, otra cosa como...

Animación cultural: falacia y frustración.

Resulta que lo que fuera un término adoptado por los *progres* en la época dictatorial, que se esgrimiera (frente al monocorde acontecer y al lento agonizar de un monolito, entre heces melencólicas, parte médico del equipo habitual y música de xilófono por radio y televisión) por la sonoridad y la connotación guerrillera y vivaracha que poseyera; pues resulta que ahora cualquier ministro de turno en la cosa cultural va y te lo suelta, tan ancho, diciendo: «Intentaremos al máximo nuestros planes a nivel de animación socio-cultural». Pues vale.

Lo que pasa, si es que pasa algo, es que cor. o se han encontrado que con la Cultura no saben qué hacer, se han agarrado al término de marras para no hacer nada, ya que de por sí nada significa. Porque la importación que hicimos de la palabreja guardaba una significación en la vieja Europa que, por vieja y pelleja, era consciente de la necesidad de reconversión, reutilización y animación de las estructuras culturales que poseyera. Estas, si no inservibles, habían quedado distanciadas de la sociedad a la que supuestamente debían servir, debiendo entonces acondicionarse, tanto a las imposiciones del mercado, como al desarrollo urbanístico e industrial y al despegar alucinante de la imagen y el sonido como medios de comunicación masivos.

Nace así, pues, la Animación Cultural como forma de vivificación de los soportes culturales, como una programación fruto de la actividad social y de las nuevas y más altas necesidades de la población, y como una adaptación a los nuevos estilos de vida y relación.

Pero nuestra realidad es bien distinta. Si en este último medio siglo la Europa civilizada y no golpista (de la que no formamos parte) ha tenido un desarrollo a la par industrial y cultural, aquí, donde nosotros, en el pleno XIX, el triunvirato franquista (de tontos, locos y meapilas) tomó buena cuenta de arrasar, incluso físicamente, cualquier vestigio que oliese a cultura. Por tanto, en la actualidad, carecemos de las infraestructuras básicas necesarias para garantizar con autonomía y continuidad una mínima vida cultural, por lo que resulta de mal gusto *animar* al personal al desarrollo de una actividad que malamente puede practicar.

Es entonces la Animación Cultural, entendida como «divertimento», esporádica y bullanguera, una falacia, cortina de humo extendida para ocultar la falta de planificación e ineficacia gestora, un continuismo reaccionario que pretende mantener la cultura relegada a los ciclos estacionales o a las fiestas patronales. Repetición folklórica y populista de aquel tristemente falso *slogan* publicitario que machaconamente insistía: «Contamos contigo», llevando al personal a preguntarse, ¿pero dónde?, ¿para qué? y ¿cómo? Siendo así una frustración colectiva al no poder volcar en realización y con medios la «animación» que ha sido insuflada.

Creo que tienes razón, me he pasado. Valiéndome de lo que podía ser un titular aparente lo he desgajado en un discurso «snob». Incluso no le ha faltado ni la comparación franquista. Tienes razón. Sí, hasta el tono es imperativo, absoluto, llegando a lo demagógico. Toda la razón.

También te has dado cuenta que en una parte de la parrafada anterior hacía una insinuación que no quedaba clara. Decía «Lo que pasa, si es que pasa algo...» y has pensado que ya mi idiocia era patente, cuando aquí todo el mundo sabe lo que pasa. Pero, realmente: aquí, ¿qué pasa?

Aquí no passssa nada.

No hay nada peor que una pared en blanco, salvo otra pared en blanco delante de los ojos. Estoy así y tengo al lado un florero y está con flores. Me las he comprado. Siempre vivas y margaritas y un clavel. No, dos. Uno es rosa, y también hay varias caléndulas y un forraje verde que queda

siempre bien. Son mejores los días con flores, indudablemente. Esta mañana parecía que nunca iba a llegar y, sin embargo...

Ahora que me fijo, hay un bichito pululando en el botón amarillo de una de las margaritas. Seguro que venía entre las flores. Puede que hasta sea venenoso. Hubiera sido mejor prescindir de flores y florero, seguir sólo con la pared blanca. A decir verdad, tampoco el florero es tal. Es más un modo de. Un frasco, posiblemente de mermelada o miel. Se guardan siempre, para algo pueden servir. Este ya lo sé. Es demasiado grande para llevar una muestra de orina cuando te vayas a analizar, y muy pequeño para las cosas que siempre parece que se deben conservar.

El caso es que estoy cansado y esa musiquilla del vecino me está empezando a distraer. Es una canción llena de esdrújulas, un recurso que hasta puede quedar bien. Mi vecino adora esa canción, incluso la debe tararear. Incluso, también, al sentirse a solas, seguro, con esa voz encabrollada debe soñarse ser ese tal Serrat, vecino de Camprudon, hijo de Angeles y de Josep... ¡Cómo somos!

Que un día vas por la calle, ojeroso y lento, y tropiezas con el cheli, el compañero o simplemente el amigo, y enseguida se interesa por lo penoso de tu aspecto. Tú le das mil explicaciones para convencerle que no es de trasnochar, que no se trata de la «buena vida»; pero él, erre que erre. Hasta que, tras muchas vueltas y rodeos, le terminas confesando que, por aquello de la primavera, estás padeciendo un repugnante sarpullido, y que tienes las ingles como fuego y los güevos como un panderero.

¡Acabáááááramos! Suelta él muy satisfecho, y después de una larga y nauseabunda explicación acerca de tus males, te arrastra a la botica más cercana y terminas —si te descuidas— probando una serie de pomadas, jarabes y pildoritas que tan arriesgado galeno te acaba de recetar.

Pero si un día, deprimido, en las largas mañanas de no hacer nada —porque puedes ser de ese ejército sin laureles de dos millones de personas sin empleo— te encuentras con el cheli, el compañerete o simplemente el amigo, que ante tu aspecto taciturno y triste acude a recoger tus cuitas, le contarás que fuiste injustamente despedido, que volvías de la mili y tu plaza había sido cubierta, que la empresa estaba mal, te dijeron; muy mal, que esperas poderte acoger al paro, que...

¡Acabáááááramos! Te dice él, convencido y convincente, y después de un somero y diletante repaso al Derecho Civil, Administrativo y Laboral, y ante el descubrimiento de conocimiento tan insospechado en alguien que creías dedicado a la horticultura, todavía consentirás en dejarte alentar en tus escasos derechos y en la posibilidad de entablar un contencioso con tu ex-empresa y la oficina de paro, porque basándose en las resoluciones de no se sabe bien qué tribunales en casos similares, y que a él le fueron contadas en alguna ocasión por personas allegadas... Lo tienes «chupao».

Aquí no pasa nada; sólo queda el rumor, la desolación y el abandono. Cada uno «se lo monta» como puede, y, si la tradición nos ha hecho tener algo de médicos y de abogados, la actualidad nos convierte en pitonisos que preten-

den conjugar los arcanos de lo incierto, de lo intocable. Es nuestra indefensión.

Ahora ya sí que estás acabando no sólo con tu paciencia, también con este articulillo pretencioso. Si leyeras aquí no encontrarías nada, por que aquí no pasa nada, la animación cultural es una falacia y una frustración y al final todo son locas contra elefantes.

Perdóname esta última cita, pero me parece que corres-

ponde, no estoy muy seguro, a un artículo reciente que acabo de leer en no se qué revista.

También podría decirte, para mi justificación, que como no has leído el libro de Italo Calvino titulado Si una noche de invierno un viajero², seguro que he sido mal interpretado.

Aunque también, seguro, si lo has leído, te parecerá —estoy de acuerdo— una mala interpretación.

Pero, para que lo sepas, y

entre nosotros no queden dudas, no albergaba otra idea, con esta burda caricatura, que si has leído el libro Si una noche de invierno un viajero, haberte servido para memorizar; pero, sobre todo, si aún no lo has leído, ¡a qué esperas! Léelo, ésta era la última pretensión.

¹ *Leviathan or the Matter Form and Power of Commonwealth ecclesiastical and civil.*

² Italo Calvino: *Si una noche de invierno un viajero*. Ed. Bru-guera. Barcelona, 1980.